LA ALBORADA,

PERIÓDICO POLÍTICO, ADMINISTRATIVO Y DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

Año I.

VIERNES 30 DE MARZO DE 1877.

Núm. 12.

Castellón 30 de Marzo de 1877.

Viernes Santo.

EL TESTAMENTO DE JESUS.

Hubo un tiempo en que la humanidad gemía víctima de la corrupción mas desastrosa, sin vigor en su organismo, sin aliento y casi sin vida en lo mas noble de su ser. La inteligencia oscurecida, dominado el corazón del hombre por el tiránico poder de mil pasiones, inuobles todas ellas, los delirios de la razón estraviada y los afectos engendrados por el sentimiento mas grosero, tenían menoscabada su dignidad de tal manera, que ni Atenas con sus florecientes escuelas filosóficas, ni Roma con la elocuencia de sus tribunos, ni las artes con sus monumentos portentosos, fueron capaces de levantar á la humanidad herida en lo íntimo de su vida moral.

Es que el hombre no era suficiente para rehabilitarse á sí mismo; necesitábase de un poder sobrenatural que, personificándose entre los hombres, devolviera al Rey de la creación los perdidos fueros de su antigua magestad. Y cuando en un escondido rincón de la Judea oyóse el «hossana» de los cielos y brilló el espacio con la claridad de intensa luz, era que allí, en la tierra de los patriarcas y de los profetas, en la tierra que habia resonado con la potente voz de Jeová, en medio del único pueblo que conservaba incólume el precioso depósito de sus venerandas tradiciones, aparecía el Libertador por quien el mundo suspiraba.

Doncella candorosa protegida por la sombra del Eterno dióle á luz, como lo anunciaron los profetas; y vino á romper las ligaduras que oprimían á los hijos de Adán, como lo cantaron los inspirados vates de Israel. Dedicáronle las vírgenes de Sion himnos armoniosos al sonido de sus arpas de oro; la casa de Levi venia consagrando á su escelso nombre el perfume de los holocaustos, y la solemnidad de sus sa-

crificios y el esplendor magestuoso de sus funciones sacerdotales.

Mecióle humilde cuna en la oscuridad de pobre albergue; pero él dió impulso á una gran revolución sellándola con la sangre de sus venas; debía encerrar mas tarde hasta los corazones dentro de los límites de su vasto imperio; y cederíanle los cesares su encumbrado asiento rindiéndosele á sus plantas, y colocándolo como en señal de honra el instrumento de su suplicio sobre sus frentes coronadas.

Al comenzar su brillante carrera realizando las esperanzas de cien generaciones, habló palabras que fueron para el desvalido balsamo consolador en la amargura de sus penas. Palabras que la humanidad escuchó sorprendida y atónita, como que le era desconocido hasta su menor significado.

El enseñó al hombre cuál era su alto destino encerrado en un porvenir que ignoraba, y le reveló secretos que no conocía. Estableció como un hecho por nadie desmentido, que no es la copa del placer con que brindaban los templos de Pafos y Corinto, ni los tesoros hacinados bajo las bóvedas del Capitolio, lo que deja satisfecha la sed del corazón. El restauró el verdadero concepto de Dios en la idea del Ser único é infinito, y al sonido de su regeneradora palabra, hundiéronse en el polvo las estatuas de mil dioses sin divinidad, para alzarse radiante de gloria sobre las ruinas de sus templos la Cruz santificada en el Calvario.

El Hombre-Dios reparte sin agotarse, los dones de su gracia á los pueblos de Judea que iban en su seguimiento; prodiga á los pequeños sus caricias, baja hasta los humildes, increpa la arrogancia de los grandes; unas veces, desde la popa de fragil barquichuelo en el sosegado mar de Tiberiades, ó sentándose sobre el verde cesped que tapizaba las suaves vertientes del Tabór, ya entre la espesura de los jardines que rodeaban á Betania, bajo los artesonados del Templo de Jerusalem, en medio de los doctores del Sinedrio, anuncia su doctrina que, envuelta en la sencillez de la parábola, se insinúa en las inteligencias menos cultivadas, llevando en sí el germen

vivificador de enseñanza celestial.

Su potente diestra derribó la losa sepulcral que cubría á la mísera humanidad; sopló sobre ella, comunicándole la vida que necesitaba con la virtud de su halito divino, y sintiéndose reanimada á impulso de fuerza misteriosa, comenzó á marchar por nuevas sendas que convenían á la nobleza de su ser y á la elevación de su origen.

Cuando el divino Libertador, terminada su misión regeneradora, disponíase á dejarla sancionada con el sacrificio de su vida, reune entorno suyo á los que fueron sus mas fieles seguidores; aliméntalos con la sustancia de su Cuerpo, y dióles en bebida la sangre de su cáliz. No bastándole tal rasgo de amor que atesora toda la riqueza de los cielos, consigna como en sagrado testamento estas palabras inefables: OS AMAREIS MUTUAMENTE, COMO YO OS HE AMADO.

¡Sublime mandato! ¡Grandiosa y trascendental enseñanza! ¿A dónde no alcanzaria el perfeccionamiento de la sociedad, si haciendo de aquellas palabras la norma de su conducta, marchara en su desarrollo progresivo por el camino que le trazó su Salvador? Los sistemas sociales que las diversas escuelas filosóficas han querido imponer, no son sino utopías de imposible aplicación y completamente estériles, cuando no funestas, al comparárselos con la filosofía cristiana, sencilla y á la vez sublime. En vano se ha intentado buscar en las terribles crisis por las que ha atravesado la humanidad, otras condiciones para sostener la armonía en la vida de los pueblos y de los individuos. Jesus, en la memorable noche de la cena, cuyo recuerdo en estos días celebramos, dejó las sólidamente establecidas sobre la ancha base del amor, síntesis del sistema social mas acabado.

¡Cuán dichosa fuera la humanidad, si apreciándolas en lo que valen, abrazase de corazón las salvadoras enseñanzas que en su Sagrado Testamento dejó consignadas el Hombre-Dios!

G.

ECCE HOMO.

Él era Dios, y por decreto arcano
De inefable inmortal sabiduría,
Bajó á encarnarse como sér humano
Dentro del casto seno de María.
Él se hizo hombre, y en su noble frente,
De su clara pupila en la dulzura,
Y en su humilde y sereno continente,
La luz del cielo reflejaba pura.
Él era Justo, y sin que vil pecado
De su virtud el brillo sin segundo
Con su aliento le hubiese mancillado,
Cargó sobre sí mismo los del mundo.
¡Oh misterio de amor! El que dispone
De los bienes y males de la suerte,
Manda que toda dicha le abandone,
Y, obediente á la Cruz, corre á la muerte.
Y ¡oh proterva maldad! Aquellos mismos
Que recibieron sus mercedes santas,
Cual precita legión de los abismos,
Hiérenle del cabello hasta las plantas,
¿Qué hizo Jesús de Nazareth? ¿Qué intenta
Para ultrajarle así con saña loca?
¿Qué bien no nace de su pie se asienta?
¿Qué consuelo no mana de su boca?
¡Los ciegos ven! Y tras la noche horrible
Que en tiniebla de muerte los sumía,
Pueden gozar del sol la luz sensible;
Y, con la luz, del bien y la alegría.
¡Los cojos andan! Y al letal reposo,
Do les ataban invisibles grillos,
Sucede el ágil salto vigoroso,
Señal de dicha en ánimos sencillos.
¡Los leprosos se limpian! Y la negra
Podredumbre, que el mundo les cerraba,
Viene á quitar rubicundez que alegra
Y que de toda imperfección los lava.
¡Los sordos oyen! Y al silencio mudo
Que les hizo yacer como en la tumba,
De la vida el rumor sucede rudo
Que en varios sonos por los aires zumba.
¡Los muertos resucitan! Y del seno
Del sepulcro fatal, mansion de espanto,
Salen con rostro de entusiasmo lleno
Que les hace verter gozoso llanto.
Y los pobres, á mas, se evangelizan!
Y, al conocer la redentora nueva,
Con los ricos magnates fraternizan,
Porque un camino solo á Dios los lleva.
Decid, decid, ingratos y traidores
Que ante el Gábbatha estais, en odio ardiendo,
¿Por cuál de estas mercedes y favores
La muerte de Jesús pedís rugiendo?
Vedle allí, como sale del Pretorio
Vertiendo, sin gemir, sangre inocente,
Con un manto de púrpura irrisorio,
Con corona de espinas en la frente.
Mostrando un cetro de silvestre caña,
Ligadas ambas manos bienhechoras,
Sudorosa la faz que el duelo empaña,
Tristes los ojos ante dos auroras!
Y todo sin quejarse lo ha sufrido,
Viles azotes, bárbaros ultrajes,
Manos que sus mejillas han herido,
Salivas y blasfemos homenajes.
¿Tanta desolación no os apiada?
¿Y mirarle podeis con ojos fijos?
¿Bien pedís que su sangre inmaculada
Sobre vosotros caiga y vuestros hijos!
Sabrá vuestro castigo el universo;
Y al ver narrada ingratitud tan fiera,
Dirá huyendo de horror: «Pueblo perverso!
¿Más ciego y duro que Pilatos era!»
Y ese á quien vilipendia mofa impía,
Varon de sufrimiento y de dolores,
Vendrá en las nubes al postrero día,
Rey de reyes, Señor de los señores,
Y al verle, de esperanza sin asomo,
Premio dar á las almas inocentes,
Diréis desesperados: ¡Ecce Homo!
¿Será allí el llanto y el crujir de dientes!

Antonio Arnau.

EL GÓLGOTA.

Sovra quel colle il Nazarem piangea
Sulla città fatali;
E quello il monte, onde salute avea,
Il misero mortal.

Tinieblas y ruina, desolación y llanto,
Sarcasmos insultantes escucha la ciudad,
Y en el terrible Gólgota la pena y el quebranto,
La ruina, la amargura, dolor y soledad.
¿Qué dicen los profetas? señalan el calvario

El monte pavoroso, lugar de redención;
¿Qué ven allí mis ojos? la cruz con un sudario
Y mil sombras que giran y aumentan la aficción.
Los pájaros no cantan, ni el sol las cumbres dora,
Ni ya la flor exhala su virginal olor,
Ni ya el hombre medita, ni el débil niño llora,
Naturaleza solo demuestra su dolor.
Del templo el velo santo se rasga por momentos
La tierra tiembla y rugen la embravecida mar,
El huracán arranca los robles corpulentos
Que cual aristas débiles doquier hace volar.
Y se abren los sepulcros, los muertos se incorporan
Y pártense las piedras de espanto y de dolor,
Y escuchase en el cielo los ángeles que lloran
Que ha muerto Jesucristo, la víctima de amor,
¡Jerusalén impía! tú manchas hoy tu historia
Con un borron horrible que no podrás lavar.
¡No ceñirán tus sienes laureles de victoria,
Que pudo á los infiernos Jesús encadenar!

José María de Aguilar Mendoza.

EL SALVADOR EN LA CRUZ.

Quien dió la vista al ciego,
quien dió la voz al mudo,
quien vida nueva pudo
á Lázaro infundir,
hoy pende de un madero,
y espira escarnecido
del pueblo fementido
que viene á redimir.
Quebrántase la roca;
sin luz se queda el cielo:
retiembla, roto el velo,
el arca del Señor;
y al ver los querubines
la Cruz que los aterra,
dirigen á la tierra
miradas de furor.

—La sangre que han vertido
los clavos y la lanza,
pidiendo están venganza,
dejándonos tomar.
Descienda nuestro rayo,
y que haga furibundo
cenizas ese mundo
rebeldes sin cesar.—

En tanto que al Eterno,
inmóvil en su troco,
acusa de abandono
la suerte de Miguel,
bendicen el arcano
de amor ardiente lleno
los justos en el seno
del padre de Israel.

Que ya de su ventura
llegó por fin el día,
y al hijo de María,
unidos volarán;
dejando el Paraíso
la víctima inocente
abierto al descendiente
del ya feliz Adán.

Pero si hoy en patíbulo espira,
juez vendrá severísimo luego,
más terrible entre nubes de fuego
que en su cima lo vió Siná.
¡Ay entonces del que haya perdido
de la gracia el divino Tesoro!—
yo, Señor, tus piedades imploro;
yo pequé; ¡desgraciado de mí!

Juan Eugenio HARCENBUSCH.

A LA MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES, MARIA SANTÍSIMA, EN SUS DOLORES.

De sentimiento el corazón henchido,
de gratitud y amor, bella Señora,
á tus plantas acude dolorido
el misero mortal que fiel te adora,
y lo que al alma tu grandeza inspira

hoy quisiera expresar mi pobre lira.

Si su son se elevára hasta la altura
como de incienso vaporosa nube,
y el cantar de la humilde criatura
se uniera á los cantares del querube;
tus glorias sin cesar publicaría,
madre del santo amor, dulce María,

Y en cántico sublime y armonioso,
¡oh Virgen dolorida y contristada!
yo expresára con plectro cadencioso
el inmenso dolor que cruel espada
causó en tu alma celestial y pura,
que grande como el mar es tu amargura.

¡Oh tú, flor de los valles mas hermosa!
¡Oh bella entre las bellas nazarena!
¿Quién no llora al mirarte tan llorosa?
¿Quién no muere al pensar tu amarga pena,
fija al pié de la cruz del Hijo inerte,
esperando el instante de su muerte?

Doncellas de Sion que la admirásteis
al nacer mas hermosa que la aurora,
y beatísima entonces la llamásteis;
venid á contemplar vuestra Señora
sumida en la aficción y acerbo llanto,
venid á consolarla en su quebranto.

Lumbreras que adornáis el firmamento,
Ángeles bellos para amar formados,
dejad hoy las moradas del contento.
¿No veis que de sus deudos tan amados
no hay uno que la dé dulce consuelo?
Descendad del empíreo en raudó vuelo.

¡Ay! consumóse el sacrificio inmenso,
espiró ya en la cruz de Dios el Hijo;
y sumida en dolor el mas intenso
estaba al pié la Madre, el rostro fijo
en su amante Jesús. ¡Triste María,
vive sin vida en lánguida agonía!

Junto al árbol fatal del paraíso
nuestra primera madre infeliz Eva
desgraciada la muerte darnos quiso;
y aunque su triste llanto al cielo eleva,
indignado el Señor, siglos prolijos
de amargura y dolor legó á sus hijos.

Al pié de otro árbol nuestra infausta suerte
llora María triste y afidida;
su Unigénito entrega á amarga muerte
para darnos por ella inmortal vida;
al Hijo inmola, imán de sus amores,
por hijos nos engendra en sus dolores.

Y la Madre de Dios inmaculada,
del Inmenso é Inmortal hija y esposa,
la Reina de Sion engalanada
con profusión y variedad hermosa
de virtudes y dones celestiales,
desde hoy madre será de los mortales.

¡Gloria á María que entre angustia y pena
por hijos nos adopta en el Calvario!
¡Gloria á la dolorida Nazarena,
que al pié de aquel cadalso sanguinario,
el más inícuo que se alzó en el suelo,
con su inmenso dolor nos abrió el cielo!

Ella inclina piadosa á nos sus ojos,
y merced á su influjo soberano
cesen ya del Eterno los enojos,
vuelvan la fe y la paz al suelo hispano,
caiga lluvia de amor de la alta esfera;
la España es su heredad y así lo espera.

J. N. Garcia.

BOLETIN RELIGIOSO.

Viernes santo.—San Juan Climaco y San Régulo.
Sábado Santo.—Santa Balbina, San Amadeo y
San Benjamín.
Cuarenta horas en Santa Clara. Se descubre á las
cuatro y se reserva á las cinco y media con felicita-
ción sabatina á la Purísima Concepción.

Director y propietario, D. Eduardo Portalés.

Imprenta de Venancio Soto.

Año I.

Castellón 1.º de A.

MORALIDAD A.

No vamos á formar
lanzar acusaciones.
algo mas nuestra pro
creemos que el escri
cumplir de otro mo
sus penosos, pero al
Vamos exclusivamente
los poderes públicos,
los hombres de gobi
fracciones políticas.
gorosa contra la falta

Creemos nosotros,
mentario, que no h
costumbres, y que si
las leyes, en vano s
gislador sabiduría, s
corrompido ó tiene
deberes. Todo lo que
ral, todo lo que aten
debe ser refrenado,
tigado. La ley así lo
magistrados deben v
to cumplimiento de l
be haber libertad p
sino para la ciencia
nes prácticas.

Cuando visitamos
Inglaterra, y vemos
que se acata la ley
costumbre, no neces
nos explique el orig
constante engrande
al trabajo, el ahor
afición á las empre
la actividad comerci
nosprecio hácia lo
buidos por el Estad
dentes de gran vir
á la libertad, que n
la conquista de un
pagado por las arca
el contrario, cuando
tan grande, tan ric
entregada al vicio
fiebre de la política
por su porvenir, tod
sus recientes desast

Hay, pues, necesi
mal de la inmoralid
costumbres y en el
ley.

Nuestro pueblo,
yoría, tiene una ide
deberes. El vicio
entrañas, y aquí la
levantará siempre
un solo hombre par
nidad y su independ
cierto del mundo.
infranqueables. No
al invadirnos, no
pultura en las márg
en las riberas del
esto bastante: es